

Réquiem para un maestro apenas muerto

Hoy es 17 de diciembre de 1990, y hoy enterramos a Don Rodolfo Agorio. Antes de que caiga el día quiero expresar aquí, en estas líneas, mi dolor por su muerte.

La última vez que estuve con él fue en agosto. Habíamos ido con Juan Carlos Plá a visitarlo. Hacía un tiempo que no lo veía. Estaba casi ciego y vivía entre el amor de Doña Alba, sus hijos y nietos que ahora eran sus ojos para leer.

Con Agorio muere uno de los seres más queridos y queribles que he conocido. Hijo de otro Uruguay, ya demasiado lejano, cuando se construía el Palacio Legislativo: cuando el monstruo del Salvo no estaba; cuando para ir a la Playa Buceo caminaban, desde el fin de la vía del tranvía, a través de largos arenales, hasta la costa; cuando en Los Pocitos había lavanderas; cuando había muchos teatros y biógrafos; cuando la sensibilidad era otra.

Hijo de ese Uruguay nunca le inquietó la incertidumbre del futuro porque, además, no ambicionaba riquezas ni prestigio: nunca compró una casa, ni tuvo auto, pero sí montones de libros que leía con pasión. Rehusó sistemáticamente el poder tanto en la clínica psiquiátrica como en la A.P.U., y despreciaba las pequeñeces de las rencillas humanas con un olímpico: «¡bah, bah, bah, puteríos!».

Vivió humilde y modestamente rodeado de su familia, sus libros, su música, sus amigos y sus pacientes.

¡Cuántos, desde la fundación del grupo de estudio, que luego sería la A.P.U. pasamos por su diván, que un día quiso cambiarlo y todos nos opusimos!

¡Cuántas veces, por años y años, concurrimos a su casa cuatro veces por semana!

Desde su sillón, cubierto por una manta en invierno, nos acompañó en nuestras tristezas y alegrías, en nuestros sufrimientos y miserias, en nuestros logros.

No voy a hablar, aunque parezca paradójico, de Agorio como analista. Hoy no puedo y tal vez no quiera. Queda eso en la intimidad más cálida de mis recuerdos. Es que Don Rodolfo fue diferente a todos por su libertad, su falta de engolamiento, su cautela en plantear los temas («esto es sólo una hipótesis para pensar»). Nunca una interpretación magistral, ni el despliegue de la erudición teórica, porque su saber nunca estuvo alejado de su corazón. Aprendí con él que en este oficio nunca hay que olvidar que trabajamos con seres humanos, «pobres diablos igual que nosotros», como decía Freud.

Sí quiero decir que me abrió un mundo en maravillosas articulaciones cuando su interpretación era una cita de una novela, o una poesía de un romántico o la letra de una murga.

Entre sus autores predilectos estaba Dostoievski, que leía en la edición de la Pleiade («¡lástima no saber ruso!»), los románticos alemanes, El Quijote, Balzac, su Wagner, las novelas de caballería y-el *roman courtots*, que me descubrió él y que se transformó en una de mis pasiones.

Y todo eso y más era el análisis con Agorio, en medio de un diálogo con Freud y Klein («hay que leer a Freud, luego a Klein y volver a Freud») y aunque estaba al día con la literatura analítica de Lacan decía: «ya estoy muy viejo para eso, háganlo ustedes que son jóvenes».

Jugaba y «aprovechaba» su «vejez» para eximirse de las cosas que no le gustaban o no le interesaban y siempre decía, aunque pasaran los años, «Ud. tiene 40 años por delante».

Hoy lo enterramos bajo un cielo gris que lloraba por momentos. Éramos muy pocos —signo de este Uruguay de hoy— pero todos, huérfanos dolientes, estábamos consternados. Sabíamos que estaba muy viejito y que pronto iba a morir. La última vez que lo visitamos con Carlitos Plá nos dijo: “No voy a llegar a mi próximo cumpleaños».

¿Por qué tanta tristeza? Es que con él se va el cariño que nos tenía, ¡y que era

tanto! La imagen, los recuerdos que él guardaba de nuestra propia vida, nuestros amores y odios más secretos, nuestras debilidades, nuestra existencia. Ya todo eso, que éramos nosotros en Don Rodolfo, no está más. Ya se perdió para siempre su tierna mirada de ojos chiquitos tras los grandes cristales que lo salvaban de la enorme miopía. Ya no estoy más en él y eso es una pérdida irreparable para mí.

Lo siento ahora a mi lado cálido y bondadoso, como antes lo hizo durante años desde su sillón, junto, muy junto, a mis sombras queridas, seres tutelares que me acompañarán diariamente en este deambular por la vida, hasta que otros, así lo espero, me lleven a mí también, piadosamente, en su memoria.

Gracias querido Don Rodolfo.

Daniel Gil